

ALL !N CON JORDAN EASLEY

Construir riqueza a la manera de Dios

Larga Vida y Prosperidad | Parte 1 | 1 Timoteo 6:10 · Mateo 6:21

INTRODUCCIÓN

Si creciste viendo Star Trek, conoces el saludo icónico del Sr. Spock: el saludo vulcano y las palabras «larga vida y prosperidad». Lo que muchos no saben es que Leonard Nimoy, quien interpretó a Spock, era judío, y basó ese gesto de la mano en una antigua bendición hebrea de Números 6. La seña forma la letra hebrea *Shin*, que representa a *Shaddai*: «el Dios Todopoderoso». Así que, en un sentido muy real, Spock tomaba prestado de la Escritura; cuando decía «larga vida y prosperidad», hacía eco del corazón de Dios, porque Dios de verdad quiere que su pueblo viva mucho y prospere. Pero cuando la Biblia habla de prosperidad, no habla de autos de lujo, mansiones ni de la teología de «decláralo y recíbelo» — saca eso de tu mente. La prosperidad bíblica se trata de mayordomía: tomar lo que Dios nos ha confiado y administrarlo de una manera que lo honre, bendiga a otros y provea para nuestras familias. De eso trata esta nueva serie, y hoy comenzamos con el fundamento: construir riqueza a la manera de Dios.

¿Has notado lo fascinada que está la gente con el dinero? No importa cuánto tenga alguien, siempre quiere un poco más. Una vez le preguntaron al multimillonario John D. Rockefeller: «¿Cuánto dinero es suficiente?», y respondió: «Solo un poco más». Tomamos empleos, mudamos familias y hacemos cosas que ni siquiera nos hacen felices, todo por más dinero. Manejamos quince kilómetros de más para ahorrar unos centavos en gasolina, y millones rascan billetes de lotería esperando hacerse ricos, porque el dinero sigue prometiendo lo que nunca puede dar. Trabajamos más horas, nos estresamos más y hasta sacrificamos la salud y las relaciones para conseguir más de lo que no podemos llevarnos — como dice el dicho: «Nunca verás un camión de mudanzas siguiendo a una carroza fúnebre». Pero el dinero en sí no es el problema. La Biblia nunca dice que el dinero es malo; dice: «raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la

fe, y fueron traspasados de muchos dolores» (1 Timoteo 6:10). Dios mismo nos dio la capacidad de trabajar, ganar y proveer. El problema surge cuando el dinero se vuelve nuestro amo en lugar de nuestro medio para honrar a Dios. Así que miremos la riqueza no desde la perspectiva de Wall Street, sino desde la del Cielo.

PUNTOS CLAVE

1. Trabaja con diligencia

La Escritura es clara en que somos llamados a ser trabajadores diligentes: «En toda labor hay fruto; mas las vanas palabras de los labios empobrecen» (Proverbios 14:23). Desde el principio, Dios nos diseñó para el trabajo — antes de que el pecado entrara al mundo, Adán fue puesto en el huerto «para que lo labrara y lo guardase» (Génesis 2:15). El trabajo no es castigo; es parte de nuestro propósito dado por Dios. Y no se trata solo de un cheque: «Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres» (Colosenses 3:23). Seas maestro, mecánico, padre o madre en casa, o director ejecutivo, tu jefe supremo es el Señor — así que el trabajo no es solo lo que haces para ganarte la vida, es lo que haces para marcar la diferencia.

¿Has notado cómo algunos ponen más energía en evitar el trabajo que la que tomaría simplemente hacerlo? La pereza es agotadora, pero la diligencia siempre trae recompensa: «La mano negligente empobrece; mas la mano de los diligentes enriquece» (Proverbios 10:4). Cuando trabajamos con diligencia, pasan tres cosas. Proveemos para nuestras familias — «si alguno no provee para los suyos... es peor que un incrédulo» (1 Timoteo 5:8). Ganamos el respeto de otros — «¿Has visto hombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará» (Proverbios 22:29), porque el trabajo de una persona diligente habla por ella. Y glorificamos a Dios — cada vez que damos nuestro mejor esfuerzo, le decimos al mundo: «Mi Dios merece mi excelencia», y nuestro trabajo se vuelve adoración hecha en su nombre. Así que no cortes camino ni vivas de atajos; Dios bendice el trabajo duro hecho con un corazón puro.

2. Ahorra con fidelidad

«Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio; mas el hombre insensato todo lo disipa» (Proverbios 21:20). En el mundo antiguo, el tesoro y el aceite

representaban seguridad y provisión — un hogar con aceite almacenado era estable y bendecido. La Biblia nos enseña no solo a trabajar con diligencia, sino a administrar con sabiduría: los sabios ahorran, y los necios gastan todo tan rápido como llega. Ahorrar con fidelidad es un acto de mayordomía, reconociendo que todo lo que tenemos en última instancia le pertenece a Dios. Jesús dijo: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más grande es fiel» (Lucas 16:10) — si no se nos puede confiar cien dólares, ¿por qué nos confiaría Dios diez mil? Ahorrar no es ser tacaño; es estar preparado. Piensa en José almacenando grano durante siete años de abundancia para que Egipto sobreviviera la hambruna — eso no fue avaricia, fue sabiduría. Hasta la hormiga «prepara en el verano su comida» (Proverbios 6:8). Los sabios se preparan para el mañana.

Cuando ahorramos con fidelidad, pasan tres cosas: nos preparamos para lo inesperado (las emergencias vendrán, y ahorrar nos protege del pánico), nos posicionamos para la generosidad (el margen nos permite responder cuando Dios nos llama a dar), y practicamos la dependencia de Dios (no ahorramos en lugar de confiar en Dios, ahorramos porque confiamos en Dios). Pero ahorrar no ocurre por accidente; requiere una decisión («escoged hoy» cómo gastarás), determinación (es constante, no llamativo) y disciplina. Una vez desafié a una clase de finanzas de secundaria con esto: mientras eres joven, da el 10% al Señor, gasta el 40% y ahorra el 50%; más adelante, da el 10%, ahorra el 10-20% y vive del resto. Y con eso vinieron tres advertencias: no vivas por encima de tus medios, no te vuelvas prisionero de las deudas, y no pongas excusas — «no gano lo suficiente para ahorrar» casi nunca es cierto. Revisa tu estado de cuenta y encierra los dólares desperdiciados (el café, la comida extra fuera, la suscripción sin usar); esos dólares desperdiciados podrían volverse dólares ahorrados cuando eliges la mayordomía por encima del impulso.

3. Invierte con sabiduría

En Mateo 25, Jesús contó la parábola de los talentos: un señor dio dinero a tres siervos, dos invirtieron y lo duplicaron, y uno enterró el suyo. Cuando el señor volvió, recompensó a los que invirtieron — «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mateo 25:23) — mientras que al que enterró el suyo lo condenó como perezoso. Tres cosas resaltan. Primero, invertir es bíblico, y va más allá de las

finanzas: Dios espera que multipliquemos el tiempo, los talentos y el tesoro que nos confía. Segundo, invertir es beneficioso — así como la semilla del agricultor produce cosecha, las inversiones sabias crean bendición que puede trascender tu vida: «El bueno dejará herederos a los hijos de sus hijos» (Proverbios 13:22).

Tercero, invertir es mejor que no invertir. El siervo que enterró su talento creyó que jugaba a lo seguro, pero en realidad lo desperdiciaba — y bíblicamente, jugar a lo seguro fue infiel, porque Dios bendice la acción, no la inacción. La fe siempre implica riesgo: Pedro nunca habría caminado sobre el agua sin salir de la barca. Imagina a un agricultor tan temeroso de perder su semilla que nunca la siembra — meses después la semilla se ha echado a perder y no hay cosecha, mientras su vecino que sembró tiene graneros llenos. Algo siempre viene de algo, pero nada viene de la nada. Cuando les mostré a esos estudiantes el poder del interés compuesto — solo \$100 al mes desde los 18 hasta los 65 convirtiéndose en más de \$621,000 con un 8% de crecimiento — se les iluminaron los ojos. Ahorrar construye el fundamento; invertir lo multiplica. Así que no entierres lo que Dios te ha dado — inviértelo, y no solo tu dinero, sino tu tiempo, talentos, relaciones e influencia. Cuando inviertes con sabiduría, no solo construyes riqueza, construyes un testimonio.

4. Elimina las deudas rápidamente

«El rico se enseñoorea de los pobres, y el que toma prestado es siervo del que presta» (Proverbios 22:7). La deuda es una de las mayores cargas financieras que la gente lleva hoy — tarjetas de crédito, pagos de auto, préstamos estudiantiles, hipotecas — y muchas familias viven bajo presión constante por el dinero que deben. La Palabra de Dios dice que la deuda nos esclaviza: limita nuestra libertad, roba nuestra paz y nos impide ser tan generosos como Dios quiere. Eso no significa que toda deuda sea pecado, pero sí que toda deuda es seria, y lo más sabio es eliminarla rápidamente para vivir con mayor libertad.

¿Cómo se elimina la deuda? Mediante las mismas tres claves que ya vimos — una decisión, seguida de determinación y disciplina: recorta gastos innecesarios, vive por debajo de tus medios y paga las deudas con intensidad. Como dice Dave Ramsey: «Vive ahora como nadie, para que después puedas vivir y dar como nadie». La deuda es un amo que Dios nunca quiso que sirvieras, y librarte de ella es uno de los pasos más prácticos para construir riqueza a su manera.

5. Da con generosidad

Aquí está el corazón de todo el mensaje: la prosperidad no se trata de lo que guardas, sino de lo que das. Anota esto: la riqueza sin generosidad se desperdicia, y la prosperidad sin propósito es pobreza disfrazada. Pablo escribe: «para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios» (2 Corintios 9:11). Dios no nos bendice para que acumulemos; nos bendice para que ayudemos — proveyendo para nuestras familias, sosteniendo su obra y avanzando su Reino. Jesús dijo: «Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mateo 6:21), así que la verdadera prosperidad no se mide en dólares sino en devoción, y «más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20:35). Nunca somos más como Jesús que cuando damos.

Hace más de 230 años, John Wesley predicó un sermón llamado *El uso del dinero*, y su filosofía era sencilla, bíblica e inolvidable: gana todo lo que puedas, ahorra todo lo que puedas, da todo lo que puedas. Cuando das al Reino de Dios, no lo estás regalando — lo estás enviando por delante, y cada dólar dado se vuelve una inversión eterna. Ese es el equilibrio: gana con diligencia, ahorra con disciplina, da con gozo. Cuando murió Elvis Presley y le preguntaron a su hermanastro cuánto dinero dejó, respondió: «Todo». Eso es cierto para cada uno de nosotros — no nos llevaremos ni un centavo. Pero cuando trabajamos con diligencia, ahorramos con fidelidad, invertimos con sabiduría, eliminamos las deudas rápidamente y damos con generosidad, no solo construimos riqueza en la tierra; atesoramos en el cielo. Así se construye riqueza a la manera de Dios — y así se vive largamente y se prospera.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. El dinero se vuelve peligroso cuando pasa de ser nuestro medio para honrar a Dios a ser nuestro amo. Con sinceridad, ¿dónde está el dinero en tu vida ahora mismo — una herramienta que administras o un amo al que sirves?
2. De los cinco principios —trabajar con diligencia, ahorrar con fidelidad, invertir con sabiduría, eliminar deudas rápidamente, dar con generosidad —, ¿cuál es el más fuerte en tu vida y sobre cuál está Dios poniendo su dedo hoy?

3. «La riqueza sin generosidad se desperdicia». ¿Cuál es un paso de generosidad específico y gozoso al que Dios podría estar invitándote este mes, y qué tendrías que ajustar para hacerle lugar?
